



LA MÁSCARA COMO PARÁBOLA

JOSÉ INFANTE

II Conferencia inaugural Carnaval Málaga 1998.

Buenas noches.

Mañana hará exactamente cinco años del 6 de febrero de 1993 en que comparecía ante ustedes, en el renovado Teatro Cervantes para hacer el Pregón del Carnaval de Málaga. Y lo hacía con temor y con temblor. Con temblor, porque siempre que hablo en público lo tengo. Y con temor porque sentía la responsabilidad de poder defraudarles. Un pregón necesita de la adhesión absoluta al tema que se pregona. Y yo no me sentía capaz de tenerla con el Carnaval. Lo dije. Y ustedes tuvieron la generosidad de comprenderlo y aceptarlo. Quiero decir que la recuperación de las Fiestas de Carnaval no pueden realizarse, a finales del siglo XX sólo de una manera simplista e imitativa. Los tiempos cambian. Y en las últimas décadas lo han hecho muy deprisa. Y después de una larga decadencia y de cincuenta años de interrupción, no puede retomarse una tradición solamente imitándola. Creo que el sentido de unas Fiestas de Carnaval hoy, cuando estamos en los umbrales del tercer milenio, tiene necesariamente que adaptarse a las nuevas circunstancias y a las nuevas necesidades del hombre contemporáneo. A su concepción de la vida y de la muerte, de la religión y de la sociedad. Porque en definitiva el Carnaval es una necesidad íntima del alma humana, una búsqueda de la libertad y una celebración de la vida que nunca será ociosa.

Creo que ustedes, la Fundación Ciudadana del Carnaval de Málaga, responsables de la recuperación de estas fiestas, lo han entendido muy bien. Porque tampoco puede hacerse nada nuevo sin imitar hacia atrás, a la tradición y a la Historia, que serán las únicas que puedan darnos un poco de luz para, desde ellas, adaptar lo viejo y lo nuevo. Creo que ustedes lo están haciendo así. Y una prueba de ello son los últimos cambios que han introducido en estas Fiestas y las últimas recuperaciones en las que están empeñados. Tienen sobre todo un afán de búsqueda y de inquietud por dotar a la Fiesta del Nuevo

Carnaval de Málaga de todos los elementos necesarios para que realmente tenga sentido celebrarla de nuevo. Una prueba de ello también es mi presencia aquí esta noche y la del profesor Antonio Garrido Moraga el año pasado al inaugurar esta nueva forma de comenzar los Carnavales.

Julio Caro Baroja que es siempre el mejor guía para adentrarnos en todo lo relacionado con el Carnaval afirmaba en 1985 (él que había dedicado gran parte de su vida a estudiar los Carnavales) que la única manera real de recuperar la Fiesta del Carnaval era encarándola también como una recuperación cultural. Como un hecho histórico y cultural, además de festivo. Y situándola dentro de una concepción del tiempo y sus ciclos vitales. Ha escrito también Caro Baroja: “El Carnaval es una fiesta de mucho mayor significación que la que le han dado a los que la consideraron como una mera supervivencia o adaptación de una sola creencia pagana. Es mucho más que esto: es casi la representación del Paganismo en sí frente al Cristianismo, hecho, creado, en una época acaso más pagana en el fondo que la nuestra, pero también más religiosa. A este hacerse del Carnaval ha contribuido tanto la teología cristiana como la vida social de los hombres en las villas, aldeas y campos europeos”.

No se equivocaba. Y en ese camino de recuperación del sentido total de esta fiesta están los Carnavales de lugares especialmente significativos y simbólicos en este tema, como es el caso de Venecia. Una ciudad que es como ninguna otra, parábola y síntesis del sentido último del Carnaval. Del Carnaval como representación y como máscara. No en vano fue en los carnavales venecianos donde se comienzan a utilizar las máscaras en los albores de la Edad Media. Y de esta máscara como parábola de la esencia misma de una fiesta que tiene su origen en la subversión del orden social y en la celebración de la alegría por la renovación de la naturaleza. Y por tanto de la vida del propio hombre, como parte de esta misma naturaleza.

La utilización de la máscara está en el origen mismo de todo este tipo de fiestas ya que el término “maska” que es antiquísimo y se da en todas las sociedades primitivas, denominaba a los espíritus de los muertos. Las máscaras representaban a esos seres infernales cuya presencia era necesaria en el inicio de los ciclos anuales de la naturaleza para fecundarla con sus oscuros poderes en la eterna lucha del bien y del mal. Las máscaras bailan, cantan, se burlan de los demás... Su uso pasó de Grecia a Roma en íntima relación con el teatro, ya que su juego de simulación y ocultación se asoció enseguida al hecho dramático y están en el mismo origen del teatro, representación de la vida, parábola de la misma y sátira despiadada de costumbres y actitudes sociales. Hay una máscara medieval y una máscara del setecientos que incorpora los personajes de la Comedia del Arte, como Alecchino, Pucínella, Pantalón, Pierrot... La máscara fue utilizada por príncipes y villanos y siempre fue preocupación de la autoridad y frecuentemente se prohibió o se limitó su uso por los desmanes a los que podían dar lugar por la libertad que daba a los que utilizaban su anonimato, su juego de simulación y de ocultación y su capacidad de obrar como “el otro” que hay en el subconsciente colectivo. Ha sido la máscara veneciana la que ha tenido más personalidad a través de la historia. Y no se entiende en esa ciudad mágica y única,

paradigma del arte y de cultura, de realidad y de sueño, de vida y de muerte. Porque no hay otra ciudad en el mundo donde la sombra de la muerte y sus símbolos hayan encontrado una mejor representación.

Imaginemos por un momento una mañana de febrero en la piazzeta de San Marco. Es una imagen que pertenece a la memoria colectiva, aunque nunca se haya estado allí. Al filo del mediodía, desde el Campanille, se descuelga una enorme paloma blanca, que al abrirse en su deslizamiento hasta una de las balconadas del palazzo Ducale, comienza a arrojar miles de confetis de brillantes colores. Se oyen todas las campanas de la ciudad. Suenan las trompetas y las famfarrias. Se deja oír la música a cargo de los Oficiantes de la Cofradía de la Calza i Antichi. Es una hermandad de origen medieval, que se ha encargado en los últimos quince años de la recuperación del Carnaval Veneciano. Todos, músicos, cofrades y participantes, visten sus disfraces y ocultan sus rostros tras sus máscaras. Sobre el aire húmedo del Bacino hay una algarabía festiva que se desborda por canales y puentes y que sacude a toda la mítica laguna veneciana.

Muchos aseguran que Venecia no existe. Que es solo un milagro de la luz, que luego la niebla se encarga en deshacer como por un ensalmo. Si hay una ciudad que imprima carácter a cada una de sus horas, a cada una de sus fiestas, esa es Venecia. Allí nada es sólo como aparece. Por eso quien vaya buscando a Venecia, el Carnaval del frenesí y la locura se verá defraudado. En Venecia el carnaval tampoco existe. Es solo una representación. Una representación deslumbrante, fastuosa, decadente y teatral. Como la Serenesísima. En Venecia el Carnaval es una máscara. Una máscara tras la cual se esconde una ciudad que naufraga es su propia parábola. Un guiño a la vida. Y una mueca a la muerte. Teatro, irrealdad, nada.

Alguien que ustedes conocen porque es uno de los escritores más prestigioso de España, pero sobre todo porque se ha hecho malagueño de adopción, Antonio Gala, comparó una vez Venecia con Málaga. Y las comparaba por esa mezcla que ambas tienen según él de fasto y de cochambre. Una extraña combinación de decadencia, lujo y desgarramiento que las dos ciudades comparten. Confieso que entonces (creo que era el año 1970 cuando oí decir esto a Gala por primera vez) no entendí bien esta comparación. Ni me pareció una comparación acertada. Luego, cuando he conocido Venecia más despacio y he tenido oportunidad de perderme en el laberinto desasosegante de sus calles, de sus piazzas, de sus campé, de sus puentes y canales, lo he comprendido mejor. Más aún. Pienso que lo de verdad une, es que Málaga, como Venecia, también es un milagro de la luz. Y que posiblemente, tampoco exista, como se preguntaba el escritor y poeta José Bergamín en 1927.

Pero volvamos a Venecia. Esa paloma que les invitaba a contemplar con la imaginación, deslizándose desde el Campanile hasta el palacio del Dux, es también una parábola. Recuerda el rito con el que daban comienzo los Carnavales venecianos hasta el siglo XIX. Hasta entonces un muchacho desnudo o vestido de guerrero se descolgaba desde el mismo Campanile hasta una barzaca atracada en la orilla del Bacino, delante de la

columna que sostiene al León de San Marco que se alza orgulloso como símbolo de la ciudad. Era el llamado “vuelo del ángel”. Aquel muchacho, imaginemos generaciones de muchachos venecianos distinguidos con aquel insólito honor de inaugurar las fiestas del Carnaval al deslizarse por el alambre, arrojaba flores sobre el Dux y su Consejo y sobre todos los ciudadanos de Venecia, vestidos con los mismos o similares disfraces y ocultos tras las mismas o parecidas máscaras de hoy. Suenan las mismas campanas y allí estarían también los Oficiantes de la Cofradía de la Calza i Antichi. Con sus trompetas y sus fanfarrias. Con sus comparsas y sus símbolos irreverentes.

Dicen que el Carnaval de Venecia, que como ya he dicho es uno de los más antiguos de los que se tiene noticia, llegó a su cenit a finales del siglo XVIII, justamente cuando comienza la decadencia de la ciudad. Cuando aquella orgullosa República Serenísima nacida del légamo de una laguna y que había llevado su imperio hasta la China, empieza a perder su hegemonía en el Mediterráneo, es cuando su Carnaval se convierte en el modelo que imitan, o quieren imitar todas las grandes ciudades europeas. Embajadores y viajeros refieren las maravillas de los desfiles, de las fiestas de disfraces, de las representaciones, de los bailes de máscaras que llenaban los palacios de los patricios venecianos y se extendían luego por piazzas y campi. Así ha pasado a las crónicas el Carnaval de 1797, año en el que ya se ha convertido en el centro de la fiesta “La Calvachina”, el baile que desde 1792 celebra el teatro de La Fenice (el teatro de ópera que fue pasto de las llamas hace tan solo dos años, en enero de 1996) como el de una orgía interminable a la que los venecianos se entregaron con desenfreno. Con la ansiedad de quien sabe que está apurando su último momento de gloria.

Hoy durante quince días, más o menos, Venecia recupera de forma ejemplar sus antiguas fiestas de Carnaval. Se han recuperado los bailes, los disfraces, la subversión, las representaciones y la máscara. Con la sabiduría de los pueblos antiguos, los venecianos saben, han sabido que el sentido último de la fiesta de Carnaval está precisamente en la máscara. Porque la máscara es la inmensa parábola que puede resumir la significación del Carnaval, el sentido último de su vigencia y su esencia profunda de aportación cultural, artística, literaria y dramática.

Es cierto que hoy los bailes se extienden por las plazas, se democratizan y se abren a todos. Es cierto también que hoy las representaciones han cambiado de sentido y se han adaptado a las nuevas expresiones artísticas y musicales. Y es cierto igualmente que acecha el peligro de convertirse en un espectáculo más que en una representación colectiva. Porque el Carnaval debe ser una representación en la que no haya espectadores, sino solo participantes, porque de lo contrario perdería su más profundo significado y su más honda raíz.

El carnaval nace en una Europa en la que no existen todavía las nacionalidades. Pero eso es una fiesta que con pequeñas variantes, tiene costumbres, rito y ciclos parecidos o iguales en casi todos los países. Hay, eso sí, un Carnaval campesino, agrícola, más ligado a la naturaleza y un Carnaval urbano, que se contagia más fácilmente de costumbres y ritos

foráneos. Y cuyos ritos y costumbres cambian y se transforman con más facilidad. Pero los dos comparten el mismo origen, el de fiestas de primitivo significado unidas a los distintos ciclos temporales. Poco importa, como discuten antropólogos, folkloristas e historiadores, que fueran las Lupercales, las Saturnales romanas o incluso otras fiestas de más antigua raigambres las que dieran origen al Carnaval. Ni tan siquiera importa que el origen etimológico de su nombre sea uno u otro. Nos conformamos con el más aceptado, el de carne levare, Abandonar la carne. Lo cierto es que en la Edad Media toda Europa cristiana celebra ya (y con ligeras variantes de fechas también, que van desde octubre o noviembre a febrero y coincidiendo con diversas festividades de invierno y primavera) unas fiestas en las que la Iglesia Católica se ha ido apoderando de esos ritos antiquísimos para darles un significado que englobe su concepción de la vida y una confrontación necesaria de unos valores antitéticos.

Las Fiestas de Carnaval fueron, desde su origen cristiano, unas fiestas de subversión del orden social (el mundo del revés, como tanto se ha dicho), unas fiestas que marcan la diferencia entre la alegría y la tristeza que llega con la Cuaresma, unas fiestas en las que se permite todo tipo de sátira y crítica social, unas fiestas en las que se come mucho, porque luego hay que ayunar, y unas fiestas en las que se permite todo tipo de inversión sexual. Desde sus orígenes, el Carnaval se ha caracterizado no sólo porque los esclavos dejaban de serlo por unos días y los señores también, sino porque los hombres se disfrazaban de mujeres y estas de hombres. Y esta inversión la vivían lo mismo los reyes que los menestrales, se conoce la afición a los carnavales de nuestro rey Felipe IV y Lorenzo el Magnífico participaba cada año en los carnavales florentinos. Igual lo clérigos que los seglares (los carnavales romanos fueron famosos, en ellos participaban cardenales y religiosos, Goethe escribió unas bellísimas páginas sobre estas fiestas de roma, ya en el siglo XVIII).

La inversión sexual es pues un distintivo que ha configurado entre las notas esenciales del Carnaval desde los tiempos más remotos. Hay una composición poética muy gráfica de Gaspar Lucas Hidalgo, autor de los "Diálogos de apacible entretenimiento" aparecida en 1605 que ilustra de forma muy clara la compleja realidad de las Fiestas de Carnaval:

Martes era, que no lunes,

Martes de Carnestolendas,

Víspera de la Ceniza,

Primer día de Cuaresma.

Ved qué martes y qué miércoles,

Qué vísperas y qué fiestas;

El martes lleno de risa,

El miércoles de tristeza.

.....

La mujer se viste de hombre,

Y el hombre se viste de hembra,

Aquí se asan entre cuestras, allí se asan entre cuestras.

¡Qué de burlas, por las calles.

Qué de burlas, qué de tretas,

Qué de harina por el rostro,

Qué de mazas que se cuelgan;

Trapos, chapines, pellejos,

Estopas, cuernos, braguetas,

Sogas, papeles, andrajos,

Zapatos y escobas viejas!

Eso sin citar esa obra cumbre de la literatura castellana, “El libro del Buen Amor” de Juna Ruíz, Arcipreste de Hita, en la que como en ningún otro texto literario se refleja la batalla entre don Carnaval y doña Cuaresma. Lo carnavalesco ha pasado a la literatura con tal fuerza, que no ha faltado algún crítico, como el ruso Bajtin, que ya en nuestra época ha visto en la mezcla de elementos cómicos y dramáticos de las representaciones carnavalescas el origen de estas fiestas de Carnaval). La historia de la música está llena de referencias a estas fiestas, óperas, composiciones creadas especialmente para los Carnavales... Y lo mismo ocurre con la historia de la pintura. ¿Cómo no recordar, en este aspecto, a Brueghel, a El Bosco, a Goya, a Solana, al propio Picasso? No podríamos entender gran parte de la cultura occidental sin contar con el Carnaval, esa fiesta del regocijo y de lo grotesco.

Esto que digo –y no quiero ahondar demasiado hablándoles de los orígenes del Carnaval y de su importancia histórica, porque creo que es un tema recurrente que ustedes han debido de oír casi todos los años- viene a corroborar la idea que he querido que presida mi intervención de esta noche, la de la máscara como parábola. Porque si la máscara es uno de los signos distintivos del Carnaval es porque, como ningún otro, nos contagia, nos acerca, nos lleva directamente a esta idea del Carnaval como inversión social y como deseo casi psicológico del ser humano por ser otro. Del cambio de personalidad. Del travestismo sexual. De la transexualización como culminación de este proceso de inversión de los

valores de la sociedad y del mundo que se vive, y de los roles que se desempeñan en el mismo.

De ahí la importancia de la máscara, del disfraz. Ambas nos llevan a la idea más radical de subversión, que es la sexual.

Por eso la máscara encierra en sí misma esa enseñanza que según el diccionario tiene toda parábola. A semejanza de los relatos que la literatura oriental utilizaba (recordemos la Biblia) para transmitir una cierta enseñanza moral, la máscara nos transmite esa idea de Carnaval como subversión del orden y por tanto como la libertad última del hombre de ser otro distinto, aunque sea por unos días, del que es todo el año.

Comencé, ustedes lo recordará, mi Pregón del Carnaval del año 1993 diciéndoles que el Carnaval había muerto. No hacía sino recoger una idea que ya expresaba e citado Julio Caro Baroja en su obra magna sobre la Fiesta de Carnaval y su análisis histórico cultural. Dice Caro Baroja: "El Carnaval ha muerto; ha muerto, y no para resucitar como en otro tiempo resucitaba anualmente. Era una fiesta de corte antiguo. Hoy queremos ser modernos ante todo. Suelen decir las gentes piadosas de tendencia racionalistas tampoco le han solido demostrar mucha simpatía. Al Carnaval no le mató, sigue Caro Baroja sin embargo, ni el auge del espíritu religioso ni la acción de "las izquierdas". Ha dado cuenta de él una concepción de la vida que no ni pagana ni anticristiana, sino simplemente secularizada, de un laicismo burocrático, concepción que arrasa desde hace bastantes décadas. La primera edición de la rigurosa obra investigadora sobre los orígenes del Carnaval del célebre antropólogo Caro Baroja, es de 1965. Pero llevaba trabajando en ella muchos años.

Lo que quiere decir que esa secularización de la vida, que según Caro Baroja y otros muchos autores, ha sido la causa principal de la supuesta muerte del Carnaval, no había hecho más que comenzar en aquellos años, en los que don Julio se pone a trabajar sobre este apasionante tema. La secularización, el laicismo burocrático al que alude Caro Baroja han avanzado de una manera espectacular en las últimas décadas. Y mucho más hemos podido notarlo en España, donde la fin después de los años de la transición democrática, hemos podido recuperar un lamentable retraso respecto al resto de Europa y del mundo en lo que respecta concretamente a este tema de la secularización de la vida y de la sociedad civil.

Caro Baroja, no hacía sino recoger (ya que él comienza a trabajar en su obra sobre el Carnaval en los años cuarenta) las ideas que muchos intelectuales de la época habían expresado sobre el Carnaval en Europa desde principios de nuestro siglo. Me refiero en concreto a la obra, titulada precisamente "Carnevale é corto" escrita por el ensayista francés Jean Richard Bloch. Es pues cierto que la secularización y el laicismo imperantes en las sociedades desarrolladas de la Europa contemporánea han sido un elemento esencial para la decadencia del Carnaval que llega a su culminación en los años 30 y 40 y que coincide con la prohibición que sobre él cayó en nuestro país en los años de la dictadura franquista. Sin embargo, creo que conviene decir que esa decadencia fue también producto de un progresivo adocenamiento, de un aburguesamiento arrollador que las fiestas de Carnaval

habían experimentado desde el mismo siglo XIX. Precisamente cuando, a raíz de la Revolución Francesa, la separación definitiva de la Iglesia y el Estado marca el inicio de un proceso de secularización de la sociedad, que aún no ha terminado del todo. Quiero decir que el racionalismo hace reflexionar a los hombres sobre una idea del más allá para la que la Iglesia Católica tenía unas respuestas, que empiezan a ser puestas en tela de juicio. De ahí que comience a resquebrajarse el sentido religioso que sostenía toda la arquitectura del Carnaval europeo desde la Edad Media.

La secularización de la sociedad como elemento decisivo, pero hay otros factores, unidos o no a este proceso laicista, que han contribuido por igual a la crisis del Carnaval en el siglo XX. Me refiero a la pérdida también de valor de la antítesis carnalidad-espiritualidad que era esencial en el antiguo Carnaval, la desaparición del fenómeno del festín. Al desaparecer la idea de ayuno, también desaparece la de celebrar las fiestas carnavalescas con grandes comilonas, antes de someterse al penitencial ayuno de la Cuaresma. Y desde luego la crítica social, la sátira sobre los problemas de la sociedad contemporánea ya se puede ejercer todo el año, y no hay que esperar a los días de Carnaval como antes, para poner en tela de juicio a la jerarquía y para que el ser humano deje salir su rebeldía y su crítica. Los medios de comunicación (entre otros medios de expresión) han tomado este papel de catalizador de la crítica social y de la sátira contra el poder constituido y sus instituciones, que antiguamente explotaba en los días de Carnaval con toda libertad y hasta crueldad y descarnamiento (baste recordar las murgas de algunas de nuestras ciudades, o muchas otras formas que a manera de diálogos cómicos o pequeñas representaciones han manifestado a través de los siglos esa vertiente de sátira social inherente al carnaval). Hasta la inversión sexual ha dejado de tener una radicalidad absoluta. Sobre todo en un país tan permisivo como el nuestro en materias sexuales y en donde en los últimos años hemos asistido todos con la mayor naturalidad al insólito fenómeno social de que una de las mujeres más guapas de España haya sido un hombre. Un hombre al que muchos hemos conocido aquí, precisamente en Málaga llamándose Manolo y hoy se llama Bibiana Fernández.

Sin embargo el Carnaval no ha muerto. Ni podrá morir nunca, mientras exista en el ser humano ese fondo de subversión. Y mientras la libertad no sea, que no lo es, - digámoslo claramente- un derecho absoluto y común a todos los ciudadanos. Dice una persona tan poco sospechosa como Fernando Lázaro Carreter director de la Real Academia Española de la Lengua, al escribir sobre este sentido de la subversión social que caracteriza al Carnaval : "se libera en él una reprimida tendencia humana a la insurrección contra todo lo que consagra e impone la vida normal; la etiqueta y el atuendo, la mesura en gestos y lenguaje que, en talos fiestas, se trueca en excentricidad. Produce la amalgama de contrarios: lo sagrado y lo profano, lo alto y lo plebeyo, la agudeza y la estupidez, lo masculino y lo femenino." Aquí quería llegar. ¿Podemos afirmar a finales del segundo milenio que el ser humano esté verdaderamente liberado de trabas sociales, políticas, culturales...? ¿ Podrá estarlo algún día ? No creo que eso sea posible. Y tal vez tampoco deseable en absoluto, nunca. Y ahí es donde podemos encontrar el sentido último de la

vigencia del Carnaval. Siempre habrá una jerarquía impuesta, un valor que respetar aunque sea de los otros y no sea compartido, unas normas que asumir...Pero también, por tanto, necesitará el ser humano de unos días para gozar de la libertad de subvertir todos esos valores y esas normas que la vida en sociedad le impone como respetables. Claro que esos valores y esas normas van a seguir cambiando con los tiempos, y por ello el Carnaval tendrá que seguir cambiando, como lo ha hecho, por otra parte, desde sus orígenes. Adaptándose a los cambios de la sociedad, pero sin perder de vista su primitivo y más auténtico significado de celebración, de júbilo, de sátira y de insurrección.

Hoy, es verdad, que las represiones que la religión católica imponía en tantas materias, a la sociedad occidental, ya no son vales, porque el hombre contemporáneo ha logrado liberarse de ellas. Pero también es cierto que se han ido imponiendo otras muchas represiones sociales, culturales, educacionales...La tribu siempre acaba imponiendo unas normas que garanticen el orden y la normalidad. Y el Carnaval es en esencia, subversión de ese orden y escaparse (por unos días al menos) de la normalidad. Ha escrito un autor andaluz, que ustedes han tenido aquí la semana pasada, José Manuel Caballero Bonald : "Frente a tantas patrañas a cuenta del nuevo orden mundial , el carnaval nos reintegra a esos epicúreos desórdenes tan saludables y pacíficamente clásicos. Se trata de una cortada de lo más remuneradora; supone, al menos, una forma de exaltación muy parecida a la catarsis. Y el mundo está muy necesitado de orgías purgativas y desarmes de la necesidad. El carnaval propicia todo eso a medida que las máscaras se identifican con los viejos dioses de la carnalidad y divulga el alcohol su oferta de viajes a no se sabe qué lugar extraordinario."

Sorprendentemente a la Religión Católica, a casi todas las religiones, les han salido, en nuestros días, demasiados competidores a la hora de lanzar anatemas y prodigar represiones a diestro y siniestro. Hoy no es el sexto mandamiento el que nos prohíbe pecar a gusto y con quien nos venga en gana, sino la propia sociedad contemporánea, hipócrita y represora, la que es capaz incluso de inventar virus o dilatar encontrar su exterminio con tal que no podamos gozar de los placeres de la carne a discreción, como un día ya lejano de los años setenta creyó toda una generación que había llegado al fin la revolución sexual. Todo fue un sueño. Hoy esa misma sociedad que nos hace creer en la libertad y en la democracia, en su mismo nombre, nos inunda de prohibiciones y cortapisas. No podemos fumar, ni beber, ni drogarnos, ni manifestarnos libremente sobre las cosas y cuando no sea "políticamente correcto".

Y casi nunca lo es. Por eso el Carnaval todavía se presenta como la ocasión para "romper el orden social, violentar el cuerpo, abandonar la propia personalidad equilibrada y hundirse en una especie de subconsciente colectivo. ¿ Hay algo más dionisiaco en esencia ? En última instancia, -diremos con Caro Baroja- el Carnaval parece un reelaboración de viejos rituales que tiene un carácter sistemático y que sobrepasa en significado a lo que se llamaban ritos de fertilidad...Más bien parece indicar la existencia de unos rasgos muy permanentes de los grupos humanos, con voluntad de expresar ciertos intereses esenciales bajo formas parecidas.

Los abusos del racionalismo han acabado por ponernos, en este fin de siglo espectacular y tremendista, en una situación verdaderamente precaria. Porque cuando creíamos que todo podía explicarlo la razón, estamos en el trance de empezar a creer que tampoco la razón tiene muchas respuestas. De ahí que haya una explosión de nueva espiritualidad que nos conduce de nuevo al origen mágico de las cosas, al misterio insondable que permanece en el corazón de los seres humanos y a la incertidumbre como arma destructiva de todas aquellas verdades que no lo son tanto y con las que siempre nos quieren hacer bajar la cabeza, adoctrinarnos y reducirnos al mero carácter de espectador de una fiesta a la que hemos sido llamados, indudablemente como participantes.

Ya termino. Pero antes volvamos a Venecia. Perdámonos por cualquiera de sus plazas o campos, por el laberinto de niebla de sus puentes y canales. Sigamos esas máscaras. Nos parecerá por un momento que entramos en la realidad mágica de un cuadro de Guardi o Canaletto. Oigamos una música que llega desde Campo San Luca. Puede que sea Haendell, Vivaldi, Gallupi o Menteverdi...

¿Puede ser Stravinski? También aquí se consagra la primavera antes de que llegue la muerte. Pero no intentemos apresar la fugitiva realidad de un sueño, porque se desvanece. Cuando la luz la abandona, Venecia ya no existe. Pero el misterioso fulgor de las antorchas ilumina su noche y nos informa que los hermanos de la Cofradía de la Calza y Antichi invaden ya la Piazza de San Marco. Es una procesión inusitada de cortesanos, religiosos, dignidades y extravagantes que anuncia que el Carnaval empieza

Queda abierto el paréntesis a lo cotidiano. Venecia toda se convierte en un inmenso escenario. Los actores somos todos nosotros. El hombre y las infinitas máscaras que puede ponerse y ponerle a la realidad. Caben todos los sentimientos y todas las pasiones. Desde las más dignas a las más bajas. Todo está permitido y todo está presente. El dolor y su ejemplo. El miedo y la mentira. El sexo, su alegría y su esperpento. La obscenidad y el lujo. El llanto y la mueca final ante la muerte. Cuando la luz de las antorchas se desvanezca también, Venecia ya no será tampoco la representación de una fantasía. Venecia y sus mil disfraces. Todo ha podido ser un sueño o la representación de un sueño en el que Venecia era verdad y el Carnaval su máscara.

Todo podrá ser un sueño, en el que Málaga al fin exista y el carnaval la máscara que a todos nos represente. Muchas gracias.